

Antonio Molinero cerca de de los castros abulenses y en el pasado Agosto, cuando visitábamos en Italia las ruinas de Veio ,antiguo poblado etrusco, vimos con sorpresa, que en una gran roca con grabados incisos de líneas cruzadas donde cae el agua de una cascada, fuera de ésta, hay un grupo de siete cazoletas, seis formando círculo y otra casi en el centro.

En cuanto a las plantillas de sandalias, recordamos que al entregar a don Miguel Beltrán como Director del Museo de Cáceres durante el IV Congreso de Estudios Extremeños de Mérida, los vestigios recogidos en superficie en los castros de La Coraja, Valdeagudo y Castillejos, de los que dimos noticia en el III Congreso de Estudios Extremeños de Plasencia, entre otras cosas que no son de mencionar, figuraba, encontrada en este último castro una laja de pizarra áspera y plana, de algo más de un centímetro de grosor, recortada por sus bordes en forma de suela de sandalia grande, como de pie masculino; parecía haber sido sometida al fuego y que éste le había dado el color gris rojizo. Presentes estaban nuestro inolvidable don Antonio G. y Bellido y otros congresistas. Ignoramos si estará en el Museo de Cáceres, porque no es de hueso, como la que publica don Martín Almagro en ARS HISPANIAE (volumen I, capítulo "El Arte Español desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce 3.000 a 1.000 años antes de Jesucristo"),

ni tan labrada, "con los típicos motivos ornamentales de los ídolos placa, de los bastones de mando megalíticos y de las lúnulas irlandesas", que relaciona el señor Almagro en la losa grabada de Solana de Cabañas y de la que dice: "Merece especial mención la bella sandalia de hueso, procedente de Almizaraque (Almería), hallazgo repetido como los anteriores en Portugal, cuyo valor mágico o votivo es seguro, pero sin que podamos concretar más sobre su significado".

Tampoco es la plantilla de Castillejos como las grabadas en mármol con inscripciones votivas griegas y romanas procedentes de Itálica, que se exponen en el Museo Arqueológico de Sevilla, pero sí tiene la misma forma que algunas de éstas.

Después del Congreso de Mérida, encontramos, también en Castillejos, entre líquenes, otra plantilla de sandalia al parecer pintada en color rojo, en la cara vertical de una pizarra.

Nos han informado de que en Las Hurdes existe una roca con dos plantillas grabadas a la que denominan "La Patá de la Mora" y en la sierra de Berzocana, otra conocida por "La Patá del Gigante". No hemos podido comprobarlo e ignoramos si están publicadas. La roca que publicamos hoy, es inédita y desconocida hasta ahora incluso de los campesinos de aquella zona.



PORQUE atendí rápidamente a ello, tuve el tiempo justo de coger a don Benito por un brazo y evitar que se diera de bruces contra el suelo.

Quedó a medias colgado de mi mano, a medias apoyado en sus piernas, temblequeantes y ya sin vigor. Las gafas, aquellas gafas

Don Benito

(Cuento)

por José CANAL

de aro fino dorado y pequeños vidrios elípticos, que había usado siempre, le resbalaron hasta la punta de la nariz; una patilla, desprendida de la oreja, vibraba como buscando asirse de nuevo a lugar seguro; se le había ido la color del rostro y los ojillos, sin la protección habitual de los cristales, miraban asustados y desvalidos, como cría de guarduñas a la que desatapan de pronto la madriguera.

Luego que se repuso del sobresalto, se enderezó los lentes, irguió el cuerpo hasta donde pudo y se evadió de mi mano igual que si se sacudiera el polvo. Los ojos le brillaban ahora como un rescoldo y en los labios tenía un temblor iracundo mientras balbucía lindizas contra el alcalde y el Ayuntamiento pleno.

Tan enfurecido estaba que, lejos de agradecer mi ayuda, me miró con reproche por mi entrometimiento, lo que por otra parte, era muy propio de su carácter arisco y atrabilario.

—Quita de ahí, carajito, ¿Crees que no puedo sostenerme solo?

—Pues si no llego a agarrarle a tiempo, seguro que da usted con las narices en el santo suelo.

—Con la nariz en... las narices. ¿A esto le llamas tú suelo, y nada menos que santo? ¿A esta pobre plasa que el calabaso del alcalde ha convertido en campo de aluni-saje y por donde un cristiano no puede caminar sin riesgo de romperse la crisma a cada paso?

Y era la verdad que todo el piso de la plaza, en obras, aparecía como un puro bache, con escalones imprevistos, atarjeas al aire y bloques de granito cuarteados o en montón. Una excavadora hozaba en el destripado pavimento y dos docenas de obreros armados con palancas, picos y martillos com-presores operaban en nervios, arterias e intestinos del monstruoso paciente

Aunque se resistía, logré sacar

a don Benito de aquel maremagnum y llevarlo a una calle inmediata, que había quedado como nueva después del arreglo que el Municipio había acometido en las principales vías de la ciudad

—¿Ve usted qué bien ha quedado esto? Pues lo mismo le van a dejar a usted la plaza dentro de bien poco.

—Un cuerno me van a dejar. Más de seis meses llevamos ya que en casa no hay quien pegue un ojo ni sosiegue ni se entienda desde las siete de la mañana y nos tienen a todos rebosados en polvo como una croqueta sin freír.

Don Benito no otorgaba a nada. Era el de siempre, con el natural abundamiento de sus muchos años, que le habían aflojado el vigor de las piernas de andarique pero no su endiablado humor de cascarrabias.

Caminaba con las rodillas siempre en flexión y arrastrando un poco los pies, con el equilibrio inseguro que le obligaba a frecuentes paradas.

Tenía el hablar gangoso y ligeramente seseante, como que era cordobés, aunque llevaba más de cuarenta años en nuestra ciudad y aquí habían nacido la mujer y los hijos.

Vino, muy joven, de catedrático al Instituto General y Técnico, y aquí se jubiló. Por su clase pasamos, y repasamos, muchas generaciones de estudiantes.

Porque era terrible a la hora de calificar. Usaba de la ironía y ro-

zaba el sarcasmo con fruición, y no atendió jamás recomendación de chico, grande ni mediano. Pobre del alumno que se arriesgara a confiar su suerte a la influencia de una "buena" amistad de don Benito—que, dicho sea de paso, dudo yo que tuviera alguna, ni buena ni mala—; ya que estaba listo. Tendría que sufrir con resignada y paciente mansedumbre toda suerte de burlonas y hasta mordaces alusiones, amén de algún que otro chiste, malísimos, de los que don Benito gustaba mucho improvisar.

Mientras caminábamos, entre parada y parada, mis ojos le recomponían la figura de muchos años atrás y yo mismo me remozaba como si volviera a los de mi bachillerato.

Su clase a las ocho de la mañana, siempre puntual, indefectible; nunca nos concedió el imprevisto de una gripe liberadora.

Había que levantarse de noche aún y, con los ojos llenos de sueño, arrostrar las rachas del viento, afilado en las esquinas del Barrio Viejo.

Llegaba uno aterido al caserón—que fue convento de la Compañía— del Instituto y corría por el largo y oscuro pasillo de altísimas bóvedas en busca de la única ventana por donde entraba el sol recién nacido.

Allí encendíamos el primer cigarrillo, que no daba para más la desesperante puntualidad de don Benito, y que, con el estómago ace-

do por mor de la madrugada, le sabía a uno a rejalgar.

Aunque el aula daba al saliente, como tenía los ventanales altos y más bien angostos, el sol no llegaba más que al banco en que se sentaban Jacinto Abad, Perico Fraile y Pepe Monge, y al que don Benito llamaba por eso "El Convento". El aseguraba que aquella coincidencia había sido casual, pero todos sospechábamos que era obra de don Benito para poder improvisar el chiste facilón que, en su decir, sonaba algo anticlerical y volteriano.

Los demás no teníamos ni ese consuelo de un poco de sol y habíamos de soportar tiritando las interminables y monótonas explicaciones, exhaustivas, sobre la aborrecible Cristalografía. El encerado se llenaba de ejes, planos, parámetros y la intemerata, dibujados con tizas de diferentes colores, al tiempo de que don Benito, de espaldas a la clase, gangoseaba una interminable retahilla de nombre raros y relaciones abstrusas, que no los entendía ni la madre que los parió.

Y menos mal los días que tocaba explicación que, al fin, uno podía pasarlos jugando a los ceros o leyendo una novela de Salgari, cuando no haciéndole una higa al "Dodecaedro", que así llamábamos nosotros a don Benito, mientras estaba de espaldas con el cepillo en una mano y el clarión en la otra. Las más amargas peniten-

cias eran las de los días que don Benito dedicaba a preguntar:

Sacaba la lista, creaba una situación de expectante angustia y señalaba:

—A ver, señor Chaparro.

El señor Chaparro sufría un tremendo sobresalto, perdía el color y salía dando tropezones hasta la plataforma de la cátedra, mientras los demás respirábamos hondo, aliviados, de momento.

—Dígame, señor Chaparro, ¿a qué se llama pinacoide básico?

—¿Pinacoide básico ha dicho usted, don Benito?

—Si señor, pinacoide básico he dicho yo don Benito.

El señor Chaparro meditaba profundamente y muy luego se embalaba y respondía:

—Como su nombre indica, el pinacoide básico es la cúspide de la pirámide de...

—De Egipto—, le cortaba don Benito, zumbón.

—No señor, verá usted—el señor Chaparro traga dificultosamente saliva, pinacoide viene de pináculo...

—Claro, claro, y pináculo viene de pina y... lo otro. Muy bien, señor pináculo, vaya, vaya a su sitio y ponga lo "otro" con cuidado sobre el asiento, no se vaya usted a lastimar.

El señor Chaparro volvía a su lugar tropicando más que a la salida, con las orejas echando fuego y el mote de "pináculo" para una larga temporada.

Cada una de las ocurrentes agu-

dezas de "Dodecaedro" había sido coreada por todos con evidente exageración, de modo que se advertía bien claro que la rechifla alcanzaba a profesor y alumno a partes iguales. Don Benito, entre complacido y molesto, afilaba las uñas para la presa siguiente:

—Señor Bersocana—, seseaba

El señor Berzocana, que no se sentía con fuerzas para sufrir el martirio, se incorporaba ligeramente y con la voz de un preagónico decía:

—Un servidor no ha podido estudiar la lección, don Benito.

—Querrá usted desir que no le ha dado la real gana de estudiar la lección.

—No señor, no. Es que me dolía la cabeza...

—¿Toda?

Jolgorio general, porque era cierto que el señor Berzocana tenía la cabeza generosamente edificada.

—Si señor, digo, no señor...

El señor Berzocana no sabía ya lo que decía —de dientes para afuera, claro, porque in mente tenía clarísimas las ideas y le estaba trabajando a don Benito la parentela con muy castizo y significativo vocabulario.

—Bien, señor Bersocana, lo que pasa es que me parece a mí que tiene usted más de berso que de cana.

Nuevo escándalo y más crudo significante en las adjetivaciones que el señor Berzocana dedicaba a la familia de "Dodecaedro".

—Bien, señores, cuando quieran entretenerse jugando a los seros, como acostumbran, no tienen más que desírmelo y yo les presto la lista de clase, donde los tienen ustedes de cosecha para todo el año.

Cuando el bedel abría la puerta y daba la hora, era como si se abrieran las del Cielo para nosotros.

Don Benito salía el primero y, ya sin prisas, nosotros tras él.

Algunos rodeaban a los santos mártires del día, entre burlones y consoladores. Berzocana se los sacudía arisco y, con el entrecejo hecho un puro frunce, barbotaba: "al tío "dodecaedro" éste le voy a pegá un día una patá en las gandumbas que se las voy a poné de corbata". Berzocana era natural de un pueblecito de la provincia donde tenían fama de brutos, y estaba aún sin desbatar del todo.

Pero la tensión pasaba pronto y, ahora, entre clase y clase, el mundo era nuestro otra vez, aunque no tuviera más amplios horizontes que los limitados por los recios muros de los pasillos del Instituto.

Porque aún no estaban de moda esos tremendos complejos de la adolescencia que nos han traído las películas americanas, tan llenas de falsas ternuras y contagiosa estupidez. Los muchachos éramos alegres y elásticos como una buena pelota de goma en la que una abolladura apenas dura medio segundo.

Claro está que admirábamos y queríamos a unos profesores y

abhorrecíamos a otros, pero sin rencores canijos. En todo caso, cuando podíamos, les hacíamos una jugarreta y, en ocasiones, les formábamos un "tiberio" sonado.

Durante unas prácticas de laboratorio, Arbolanche le hizo polvo la chaqueta a don Benito vertiéndole un chorretón de ácido sulfúrico; Mendoza le cascó una colección de caracoles y Berzocana le cortó el rabo a un hermoso lobo disecado, la mejor pieza de su colección zoológica. Nunca se supo quienes fueron los autores de estas fechorías aunque, en alguna ocasión, la clase entera tuvo que sufrir las consecuencias.

—o—

Seguíamos caminando despacio. La calle venía llena de gente apresurada. Algunos se saludaban al pasar. A don Benito nadie le hacía caso, nadie le dedicaba una sonrisa. Ya no era más que un jubilado del que nadie esperaba nada, al que nadie temía. Unos mocitos, con los libros bajo el brazo, despechugados y melenudos, le empujaron al pasar; no se disculparon. Don Benito se tambaleó y sus manos se agitaron con ira impotente; en los labios le temblaba un improperio.

—Vaya, don Benito, le invito a un café.

—No puedo.

—¿Cómo que no puede? ¿Tanto tiene usted que hacer?

—No, no tengo nada que haser. Ya nunca tengo nada que haser.

Había amargura en sus palabras.

—¿Entonces...?

—Es que me lo ha prohibido el médico. Dise que tengo tensión, y entre él y mis hijas me traen por la calle de la amargura.

—Vamos, no haga usted caso. Si está usted hecho un muchacho, de joven y fuerte.

—Una birra, eso es lo que soy. Ya no puedo ni leer, hombre; no sirve uno ya ni para haser reados.

—Bueno, bueno, no será para tanto. Hágame caso, olvídense de todo eso y vamos a tomarnos un cafetito, que es mi hora y lo echo de menos.

Don Benito se resistía apenas. Estaba deseando dejarse convencer. Yo sabía que era su único vicio y le insinuaba tentador sin malicia.

Se dejó llevar y entramos en el café. Nos sentamos en una mesa del fondo, en un rincón cómodo y acogedor, casi confidencial.

Pedí dos cafés con leche, cargaditos sin exceso.

Cuando nos los sirvieron, don Benito ofició en el suyo con parsimonioso esmero. Luego sorbió despacio, con regodeo. Al placer de los sabores se añadía la fruición de lo prohibido. Su gesto traslucía una felicidad joven, como resucitada.

Mirándole, recordé con una sonrisa mis tres suspensos en Geología. Los había olvidado mucho tiempo atrás. Ahora se los agradecía con este obsequio barato y una sensación de grata ternura adentro en el corazón.